

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instrucción.

PRECIOS.

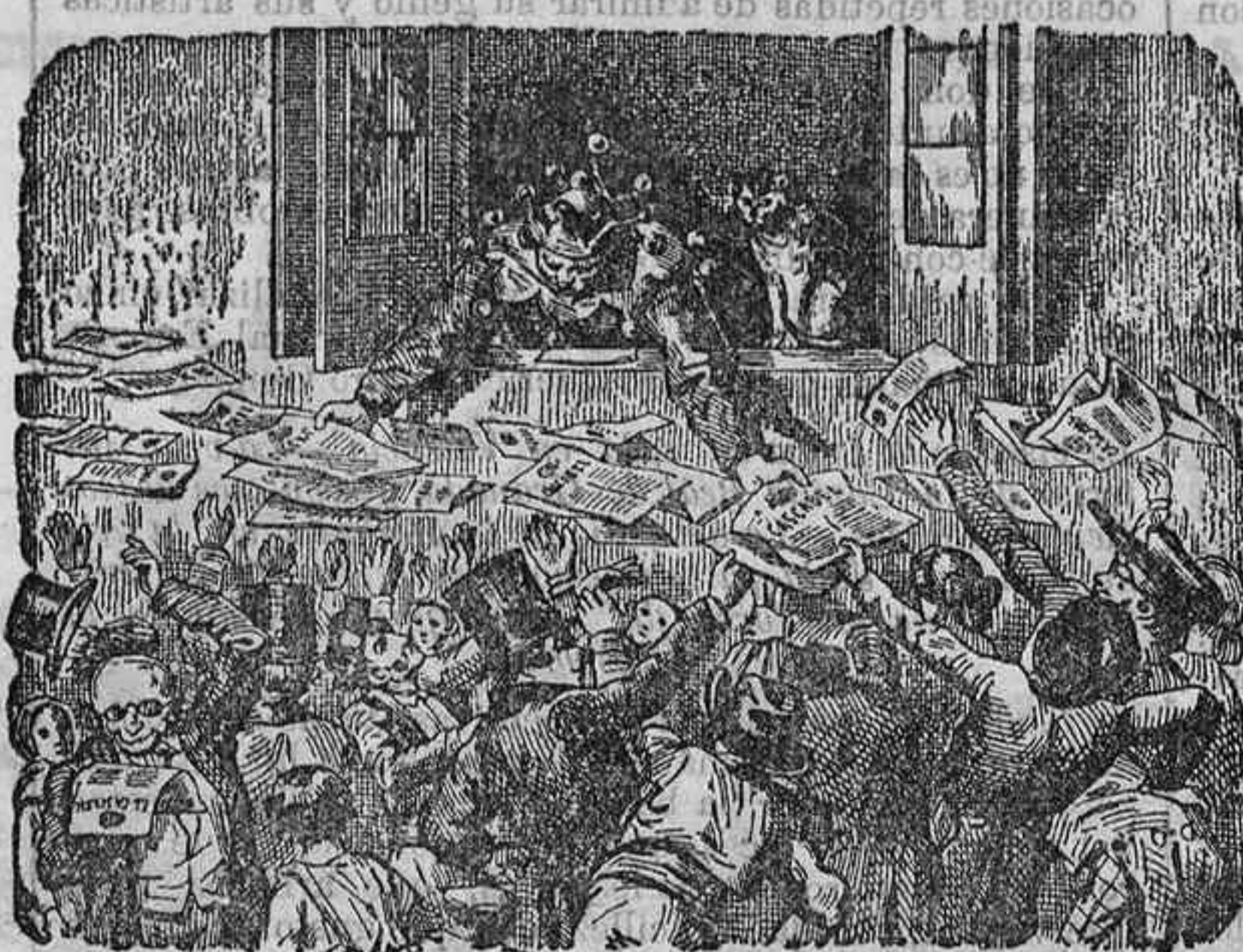
MADRID. Tres meses... 9 rs. Seis id... 16 Un año... 30

PROVINCIAS.

Tres meses... 10 rs. Seis id... 18 Un año... 34

DIRECCION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses... 22 rs. Seis id... 38 Un año... 74

En París recibe suscripciones y anuncios para El Cascabel, M. E. Pierron. Rue Vivienne, 15, cuarto 3.º

AMÉRICA.

Seis meses... 38 rs. Un año... 70

FILIPINAS.

Seis meses... 60 rs. Un año... 110

ADMINISTRACION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.

EL CASCABEL

PERIÓDICO FESTIVO, LITERARIO Y POLITICO.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

LA GENTE FELIZ.

Dicen algunos autores que pasan por sábios y profundos concedores del corazón humano, que no hay nadie verdaderamente feliz en toda la redondez de la tierra.

Esa es una de tantas vulgaridades que la gente inocente y sencilla cree verdades de á folio.

En el mundo hay mucha gente feliz, mucha gente á la que no le importan los cominos ni la política, ni la carestía, ni calamidad alguna de las muchas que afligen á los que quieren afigirse por cosas tan nimias, que verdaderamente para cuatro días que hemos de vivir en el mundo, muy tontos somos en pasar años y años de un humor de todos los demonios, pensando en cosas que no podemos remediar.

El domingo de Carnaval salí yo de casa, á ver lo que habia, y no habia nada.

Hacia un frio, que me parece que en todo el invierno lo hemos conocido igual.

¿Quién ha de salir de casa en este día? decia yo, no va haber una máscara para un remedio.

Y no lo habia acabado de decir, cuando ví por la acera opuesta dos máscaras, un hombre y una mujer.

Esta iba vestida (ó desnuda) de bailarina, con los hombros al aire y las piernas al idem, el vestido corto, meneando mucho las caderas, y apoyada en el brazo de su pareja, un caballero vestido á la usanza del señor rey don Felipe IV, con barba de tres semanas por debajo de la careta, y unas manos que no se han humedecido lo ménos hace dos meses, manos adornadas de callos, sabañones y yerba.

—He aquí dos personas felices, me dije yo.

Y en efecto, si aquel matrimonio, ó lo que fuera, no es feliz, yo no sé quién podrá ser feliz en este mundo engañoso.

Los dos se habian vestido de mamarrachos con objeto de divertirse, y sin hablar á nadie, sin embromar á nadie, paseándose por las calles y por el Prado con un frio que se chupaban los dedos, se divertirían efectivamente, pensando que todo el mundo quedaba prendado de la apostura del galán y de las pantorrillas de la dama.

Seguí mi camino, y despues de encontrar algunas de las llamadas estudiantinas, que tocaban y cantaban mirando á los balcones, todos herméticamente cerrados, llegué al Prado.

Allí habia mucha gente feliz, sentada en las sillas de hierro, sin más objeto que ver pasar las máscaras y recibir alguna que otra broma.

Niñas bonitas, mamás arrugadas, jamonas llamativas llenas de cintajos, y maridos complacientes, esperaban sentados el momento de divertirse con los chistes ó las desvergüenzas, de algun máscara, dotado de todo el atrevimiento que da la careta.

Por allí iba un individuo, un ciudadano, con su autonomía y todo, vestido de oso.

Era un hombre que se creia feliz haciendo el oso.

Y le oí decir chicoleos á una muchacha y declarar á otra su atrevido pensamiento, ofreciéndola ir con la cara descubierta á reiterarle su declaración.

Para presentarse descubierto á una mujer á quien se le ha hecho el amor vestido de oso, se necesita más valor que para tomar una batería.

Detrás iba otro en camisa. Iria tiritando de frio y divirtiéndose horriblemente. Luego ocho ó diez mujeres vestidas de beatas, —y la

mejor sería el mismísimo demonio, —iban gritando, alborotando, aullando, metiéndose en las mayores aperturas, que no parece sino que la careta quita á la mujer el mayor y más precioso de sus encantos, el pudor.

Dos turcos se paseaban asidos del brazo, sin arriarse á nadie, sin hablar con nadie.

Dos turcos que por la noche se irían á su casa muy divertidos con dos turcas.

Un señorito vestido de salvaje, se ufana por entre aquella apiñada concurrencia.

Acaso aquel era el traje que le convenia, el que debiera usar en todo tiempo. Se habia vestido de lo que era, porque advertí que todas las señoras á quienes dirigia la palabra se ruborizaban.

Canseme y aburrimo pronto de las máscaras del Prado, y volvíme á casa á esperar la hora de ir al baile del Teatro Real.

Allí tambien se divertia mucha gente.

Allí estaba un matrimonio, ella con su capuchon, y él con su dominó, paseándose, bailando todo lo que se tocaba, y sin hablar con nadie.

Este matrimonio, que preferia á la limpia atmósfera de su casa la atmósfera insoponible del salon de baile, al descanso y abrigo del lecho el mareo y el sudor del baile, era verdaderamente un matrimonio feliz.

Allí, sentadas en las banquetas, habia una coleccion de mamás, sin careta unas, y otras con ella, divertidas en ver el torbellino del baile, en el cual estaban envueltas sus hijas, las hijas de su corazón, abandonadas en brazos de hombres desconocidos, armados de la impunidad de la careta, ébrios algunos, que las arrastraban y las arrabazaban y las llevaban en volandas, y les decian acaso cosas que nunca debieran oír.

Y eran felices ellos, y felices las pobres niñas, y felices las infelices mamás, alguna de las cuales llorará toda su vida haber llevado á un baile á su hija.

Yo no podia respirar en aquella atmósfera.

Las máscaras que se me acercaban me parecían demonios del infierno.

Yo no puedo figurarme nunca que detrás de una careta hay un rostro bello con la belleza de la inocencia y la pureza, ni puedo persuadirme de que en el cuerpo de una máscara haya un alma pura, generosa, inocente, buena.

Van otros llenos de afan y curiosidad en pos de una máscara, porque lleva rico traje y exhala buen olor. — de casa de Frera, — y enseña bonitos guantes y bonitas botas, — y yo huyo de ellas, y no creo en ninguna, y siempre me figuró que bajo la careta se oculta una cara que de balde es cara, y bajo la rica seda y los encajes un corazón que no vale dos cuartos.

Peró hay hombres felices que se divierten, oyendo lo que les dice una máscara, y llevando del brazo á una incógnita, que acaso es un mascarón de proa, y yo les envidio seguramente.

En los pasillos oí dar citas.

Así empiezan muchos dramas de esos que se están representando siempre en la sociedad.

Así empiezan muchas grandes desventuras.

Así empieza el deshonor de muchas familias.

Subí hasta el paraiso, y allí estaban las parejas cansadas, las que prescinden de la cena ó han cenado en casa el guisado y la ensalada. Regularmente, las parejas que descansan en el paraiso se componen de amigos y amigas, maridos y esposas, primos y pri-

mas, gente que se trata con confianza, y que va al baile con intencion de no visitar el ambigü.

El ambigü es la parte más grosera de un baile de máscaras.

Allí los embromados son los que pagan; á todos los embroma el fondista.

En algunas mesas habia parejas sentimentales; sentado él enfrente de ella, comian ambos su chuleta mirándose tiernamente.

En otras habia mujeres solas, esperando que llegara por allí algun primo.

En otras hombres y mujeres, gritando, chillando, tirándose el vino á la cara, una orgia completa.

Y en otras hombres solos, divertidos en barbarizar y emborracharse.

En fin, no ví en todo el día y toda la noche mas que gente feliz, y entre esta gente feliz mucha desgraciada, más feliz todavía, porque ¡quién más feliz que los que tienen la facilidad de olvidar y de hacerse superiores á su propia desgracia!

El Carnaval ha concluido. Y ahora sí que puede decirse:

El Carnaval ha muerto. ¡Viva el Carnaval! Concluyó la farsa. ¡Viva la farsa!

Y que VV. lo pasen bien.

C. FRONTAURA.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES DE 1866, VERIFICADA EN 1867.

III.

Doña Juana (la Loca).

Este cuadro, original de don Lorenzo Valles, es uno de los más notables que muestra la actual Exposicion: figura á la reina doña Juana al lado del lecho real donde reposa el cadáver de su esposo don Felipe (el Hormoso); presa de horrible fascinacion, imponiendo silencio á los cortesanos que la rodean, intentando disuadirla de la insensata manía que le hace creer que su esposo no está muerto sino dormido. El joven artista Valles, que envió en la anterior Exposicion su primer cuadro, en que revelaba grandes dotes pintóricas, en este su último lienzo se presenta convertido en tan poco tiempo en un gran artista. Toda la parte derecha del cuadro está admirablemente compuesta, bien dibujada, con verdad y energía desarrollada, y bella de color. La figura de la reina Juana, el lugar que ocupa el cadáver de don Felipe, la colcha que cubre el lecho, la cabeza del cadáver, que se destaca en la oscuridad, las colgaduras que caen abiertas del techo al suelo, cubierto con una alfombra admirablemente pintada, el traje de la reina, la expresion, la accion, todo está artísticamente desarrollado, concebido con espontaneidad y ejecutado con maestría. La demencia de doña Juana está expresada con tal sentimiento y tan exquisita delicadeza, que entristece y absorbe en profunda observacion al que la contempla. Hasta la figura del Cardenal, todo es bello, todo está asombrosamente ejecutado y bien compuesto. Solo hay dos figuras al lado izquierdo del cuadro, que descomponen la armonía del conjunto. Estas figuras están demás seguramente, y no se explica uno al contemplarlas cómo el mismo genio y el mismo pincel del joven artista Valles ha pintado tan admirablemente la mayor parte del lienzo y por qué con tan punible descuido y tan extraño abandono ha trazado esas dos figuras, que, á no dudar, debe el señor Valles borrar ó hacer de nuevo. Este excelente cuadro, aunque con esos defectos, indica que de su joven autor debemos esperar

EL PRADO.—LA FUENTE CASTELLANA, Y SU NOVIO EL BARRIO DE RECOLETOS.



P.—Señorita, tengo el honor de ponerme á los piés de V., y siento mucho haberla incomodado con mis impertinencias; yo me creía con algun derecho á la consideracion de V., por mis años y mi sensatez.

F. C.—Pero señor mio, si yo no niego las relevantes prendas de V., sino que mis compromisos con Recoletos... ya ve V., soy jóven, y es más natural que me guste un pollo rico, y á la última moda, más bien que V., cuyo carácter paternal aprecio, pero que me inspira más respeto que cariño.

B. R.—V. debe conocer, caballero, cuán justa es la repulsa de Fuente. Ella y yo somos de este siglo, representamos la riqueza, la ostentacion, y V. es un ente chapado á la antigua.

P.—De ello me vanaglorio, aunque la gente sabe que nunca podremos confundirnos.

F. C.—Veo que se ha incomodado V., y no tiene razon.

P.—Señora, yo sé lo que me hago y lo que me digo. Prefiera V. unirse á ese pollo, no me extraña; pero yo voy sintiendo cada vez más el aislamiento en que me van VV. colocando, y esto me prueba que en el mundo los pergaminos van estando en baja. Mi origen es antiquísimo: desciendo del Prado de San Fermin y de San Gerónimo, tengo en mi historia los dias de gloria del 2 de Mayo, y me acuerdo, como si hoy fuera, de la nobleza de VV., que es de ayer.

B. R.—Pues mire V., en cuanto á nobleza, yo no creo que hay más que una, la personal.

P.—Error, error grosero. Es preciso que el abolengo se pierda en la noche de los tiempos.

F. C.—En eso tiene V. razon. En todos tiempos se han perdido en V. muchas noches, muchos tiempos, que podian haberse empleado mejor.

P.—Creo que acabaremos por incomodarnos, y para evitarlo, me retiro. A los piés de V., Fuentecita. Besó á V. la mano, Barrio recién nacido.

B. R. y F. C.—Ya sabe V. que, si gusta honrarnos, será bien recibido en nuestros palacios.

P.—Gracias, yo tambien los tengo; pero estamos mejor cada uno en su terreno, sin invadir el del otro.

Prado (aparte).—¡Coquetuela, presumida y tonta! ¡Crear que vale más el pollo que yo, porque es el paseo de los pollos, de las señoritas cursis y de los ricos en apariencia... Yo soy el paseo de la gente formal, el verdadero paseo y tengo mis tradiciones, mi historia, mis recuerdos tristes, mis picantes aventuras. Y se volvieron cada cual á su sitio, no sin hacer ántes una línea divisoria, que todo el mundo conoce con el nombre de calle de Alcalá.

EL HIJO DEL SACRISTAN.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL BUEY DE LA TIA TORDA.

Pues señor, una vez descarriló un tren que iba camino de Zaragoza, y el descarrilamiento causó no pocas desgracias, como acontece casi siempre. Hubo cabezas rotas, brazos vueltos del revés, piernas fracturadas, barrigas apretadas, narices aplastadas y ojos espachurrados, muchas maldiciones de los viajeros que habian quedado ileso dirigidas á la empresa, y muchos ayes y lamentos de los que no habian tenido tan buena fortuna.

El descarrilamiento lo produjo un apreciable buey, inofensivo y hermoso animalito vecino de una aldea inmediata al sitio de la catástrofe; el buey no se sabe si, por inadvertencia ó con deliberada intencion de suicidarse, porque no se halló papel alguno, ni de los honrosos antecedentes del animal se pudo deducir ningun indicio que diera luz sobre tan lamentable desgracia, se apartó del prado en que pastaba alegre, ó tristemente, porque nadie pudo dar noticia del humor de la bestia en el dia de su muerte, y se puso bonitamente á ver venir la locomotora, que le hizo añicos, ni más ni ménos que los jugadores se ponen á ver venir las cartas que les llevan los cuartos y les parten por el eje, —puesto que el eje de la máquina hombre en estos tiempos, y no sé si en los otros, es el dinero, vil metal insultado por todo el mundo, y por todo el mundo codiciado.

El caso fué, que al llegar la máquina, ó el buey la embistió ó ella embistió al buey, resultando de este

choque que el animal fué lanzado á gran distancia, pero sobre la via, y que al llegar el tren al sitio donde yacia el bruto, las ruedas salieron de los rails, y allí fué la catástrofe.

Apearonse los viajeros que pudieron apearse; sacaron de los coches á los impedidos, se dió aviso á los médicos, cirujanos y boticarios de los lugares más próximos, llegó el alcalde de aquella jurisdiccion, mientras llegaba el señor juez con acompañamiento de escribano, procurador y registrador de hipotecas, y un buen señor cura que iba en el tren, y por milagro de Dios quedó salvo, se dedicó á consolar á los heridos, ofreciendo á todos confesion. Y los empleados del ferrocarril iban y venian, y el maquinista, un inglés, pedía á gritos que le cortasen la pierna, abrasada enteramente, y el fogonero, como el artillero al pié del cañon, yacia al lado de la locomotora, muerto en el ejercicio de sus funciones, muerto sin lanzar un ¡ay!... El infeliz iria acaso pensando en el porvenir de su hijo, en el amor de su mujer...

¡Desdichada suerte la de estos pobres, oscuros obreros que con tanto trabajo ganan el pan, y que tan poco disfrutan los placeres del hogar, esclavos de su deber!...

Siempre en el camino, de noche, de dia, para ellos no hay fiestas, no hay descanso, no hay casa, porque son contadas las horas que tienen libres, y éstas han de dedicárselas al sueño. Ellos son las primeras víctimas en todas las catástrofes, y al mismo tiempo que se encarece y se lamenta la desgracia de los demás, con ellos se cumple, consignando que *murió el fogonero*. Los fogoneros, los trabajadores ocupados en las minas, los albañiles y otros mil y mil jornaleros empleados en penosísimos oficios, todos esos humildes auxiliares de la industria y de la ciencia, todos esos honrados obreros que tanto hacen en pró de la humanidad, que para nuestra seguridad, para nuestro bienestar, para nuestra comodidad trabajan sin descanso, con las mayores fatigas, y expuestos continuamente á perder la vida, son dignos de la mayor consideracion y el mayor respeto. Sin esos pobres trabajadores, ¿qué serian las artes? ¿qué seria la industria?... Su trabajo, que á ellos les da para vivir únicamente, representa muchísimos millones, y labra y acrecienta la fortuna de innumerables familias.

Libreme Dios de querer adular á los trabajadores, ó

inspirarles ciertas ideas que no sean las de honradez y amor al trabajo y á la pobreza; pero permítaseme decir que los Gobiernos, las empresas industriales, los propietarios, los dueños de fábricas y talleres, harán una obra grandemente meritoria considerando, premiando, estimulando al trabajador honrado, evitándole en lo posible todo riesgo, y haciendo, en fin, de modo que el trabajador acepte contento su destino, ame el trabajo, y no alimente quiméricos sueños irrealizables....

Pero señores, esto va muy sério y no es el tono que me conviene, y creo que á VV. tampoco.

Hablemos de otra cosa.

Despues de reconocidos los heridos, y mientras se les aplicaban remedios y se les prodigaban consuelos, trasladando al pueblo inmediato los graves, y al cementerio el cuerpo del pobre fogonero, se empezó á preguntar por allí de quien sería aquel buey.

Todos los viajeros estaban indignados, todos querian que se pidiese estrecha responsabilidad al dueño del buey que se le encarcelase, que se le formase causa, que se le obligase á pagar daños y perjuicios.

¡A cuántas consideraciones se presta esto de pagar daños y perjuicios! ¡Y luego hablarán mal del dinero los mismos que le dan un poder casi sobrehumano!...

¡Daños y perjuicios hay que no pueden pagarse con nada del mundo!

La sociedad queda satisfecha si se pagan con dinero, y en su limitada inteligencia los hombres no han hallado medio mejor de pagarlos. Luego creen que el dinero todo lo cura, todo lo arregla, todo lo satisface, todo lo remedia.

Pero volvamos al buey, es decir al buey no, porque al pobre animal, aplastado por la locomotora, poco le importaban ya las cosas de este mundo. Volvamos al sitio de la catástrofe, donde los viajeros hacian comentarios sobre la desgracia ocurrida y pedian se les entregase el dueño del buey.

Y en esto estaban, cuando apareció sobre un montecillo que dominaba el prado una mujer, una pobre vieja, que al divisar el tren, bajó la cuesta apoyándose en un palo, y se fué acercando al lugar del siniestro.

(Se continuará.)

